

A través del espejo

Universo del agua

Hugo Hiriart

A veces sobra y destruye, como en muchos lugares de México, cada vez que llueve; a veces falta, como en Iztapalapa o, aseguran, en China, porque el agua está, como todo lo indispensable al humano, traspasada de contradicciones: es, por ejemplo, mansa y blanda en el vaso, furiosa y dura en la crecida. Los significados del agua son inexhaustibles. Examinemos algunos, con paciencia, pues son numerosos.

Para empezar, échate al agua y deja que te envuelva en su cortés abrazo, ¿hay caricia más delicada que la del agua?, flota en ella, abandónate como en el líquido amniótico de donde surgiste a la existencia. Agua esencial, que limpia, refresca, fortalece, sustenta, agua nuestra de cada día. Agua inquieta que muda: vapor, hielo o torrente; agua que es todo y no se parece a nada, agua poderosa, enloquecida, agua de diluvio universal en la ola verde del huracán.

El *homo sapiens* nace de los pactos con el agua cuando germinaron las primeras civilizaciones a la orilla de los ríos como flores exquisitas crecidas de la domesticación de los cereales. Trigo y arroz y entre nosotros el sagrado maíz. Después de esta hazaña primigenia, lo demás fue relativamente fácil y la historia se precipitó a su destino como una avalancha de leones.

En el origen, agua. Y antes, siempre antes, en ella, considerada caldo primordial, flotaron los compuestos, los ácidos, de cuyas misteriosas combinaciones arrancó la cadena evolutiva y la deriva genética que a través de plazos inimaginables, los mecanismos de adaptación y ciertos afortunados accidentes condujeron hasta los homínidos, nuestros antecedentes inmediatos.

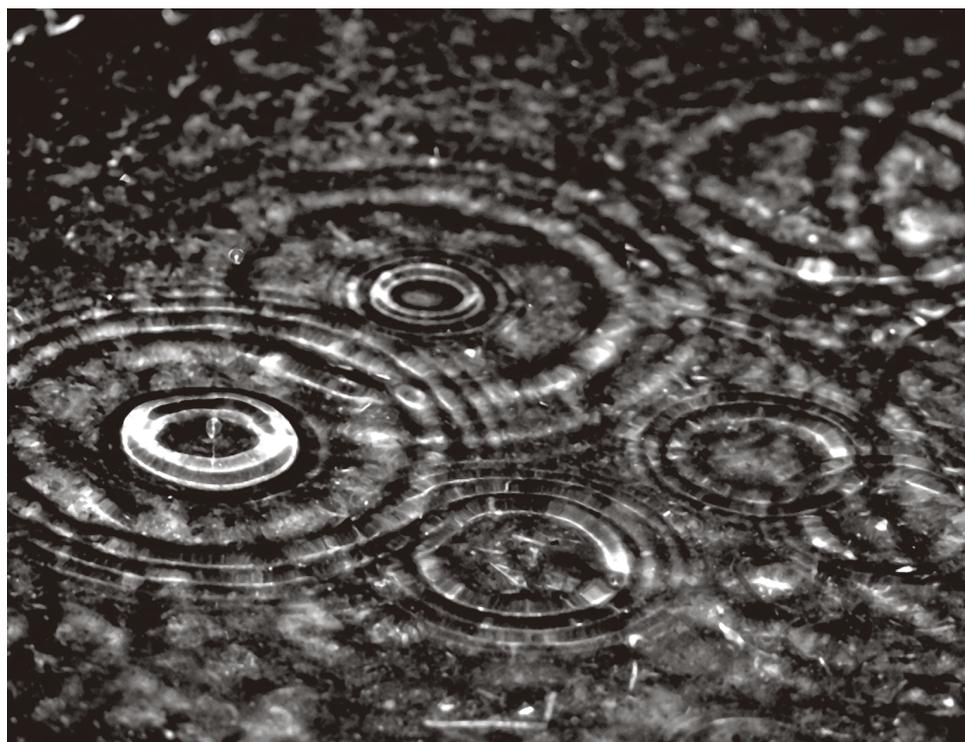
Debido a eso, quizás, entre los grandes arquetipos que pueblan el alma humana, en su parte más antigua, está el agua esencial:

en la impecable claridad del agua están, indiferenciadas, todas las formas. Ahí flotan las posibilidades de ser y alentar bajo la forma de la preexistencia latente. Ahí está el origen de todo: ésa es razón de que la inmersión en las aguas en los ritos de bautismo (los hay diversos, variados) significa la regresión a lo preformal. Es decir, la disolución de las formas y la reintegración a un modo indiferenciado de preexistencia, y la salida del agua original significa, al cobrar forma renovada, un renacimiento: “Toma esta agua —decía, por ejemplo, el ritual prehispánico antes de sumergir al niño—, pues la diosa *Chalchihuitlicue Chalchiuhtlatónac* es tu madre. Que este baño te lave de los pecados de tus padres...”.

La filosofía occidental explayó en su primer vagido que el principio (o fundamento) de todas las cosas era el agua. Tales de Mileto, autor de la célebre sentencia, fue el primer pensador mencionado en historia escrita. Penetremos en su visión: agua abajo, la tierra, tal vez flotando ahí, agua en los cielos, se precipita la lluvia, agua, principio germinador, sustento de todo lo vivo. La rosa deslumbrante no es sino agua asimilada. Para entender el agua, no pienses en agua, piensa la sed.

El agua que consumimos los capitalinos es traída hasta nosotros con infinito y costosísimo esfuerzo. Mucho hace que la inmensa multitud que hoy discurre por la vieja laguna desecada agotó el recurso antes abundante en el “alto valle metafísico”. Entonces, si se extrae con pozos agua del subsuelo, la urbe, igual a las ciudades de cuento, va hundiéndose, o como recientemente aparecen de pronto en plena calle las bocas abiertas de grandes y ominosas cavernas.

Pero esto, ser zócalo o base de sustentación o apoyo físico donde alzar poblacio-





nes no es, desde luego, el significado básico del agua. El agua es ante todo madre universal, creadora y mantenedora de cuanto tiene vida: lo húmedo es vida, lo seco muerte. Pero los significados del agua en este carril no se agotan ahí.

Pero no sólo hace germinar, también, en su lado viajero, aparece como torrente que corre tumultuoso o remansado y es, por excelencia, espejo de lo que fluye y, en este sentido, el arquetipo la asimila con la Luna. La Luna, que al mudar de fases, transcurre, fluye lentamente. Y por lo tanto se identifica también con la mujer cuyo ritmo menstrual coincide con las fases de la Luna. El agua es feminidad destilada.

Se ha dicho, con razón, que el pensamiento mítico y religioso siente horror a lo lineal, y estima que el ritmo del mundo es siempre circular, cíclico: empieza, termina y vuelve a comenzar. Su paradigma es el ciclo de las estaciones: nacimiento en primavera, plenitud en verano, cosecha en otoño, muerte en invierno, y renacimiento de todo con el reinicio del ciclo en la primavera siguiente. Los mitos y rituales de la fertilidad que acompañan y propician el buen desarrollo de estos ciclos pueden rastrearse en todas las culturas y admiten incontables

variantes. Obsérvese que la Luna tiene en sus fases un ciclo mensual idéntico: crece, brilla, decrece, muere y reinicia su ciclo. El ciclo de fecundidad de la mujer también coincide, por tanto, con el de la Luna. Y el agua, que fecunda la tierra, preside el misterio de los ritmos del orden universal.

“Por eso, dice Mircea Eliade, desde la prehistoria, el conjunto agua-luna-mujer era percibido como el circuito antropocósmico de la fecundidad. En los vasos neolíticos el agua era representada por el signo $\vee\vee\vee$, que es también el más antiguo jeroglífico egipcio para representar la corriente de agua”.

Fluir, fluir, fluir, todo fluye, $\vee\vee\vee$, hermoso símbolo de los ciclos de la vida. El arquetipo del agua recoge, en su versión de río ondulado, el sentido de la inmovilidad como muerte. Hasta el agua misma muere y se corrompe si se estanca y no corre, es decir, si pierde el girar en sí misma que la repristina. Todo fluye, todo cambia, nada permanece. Ser es fluir. El agua en su advocación de río manifiesta, desde tiempos muy antiguos, esta imagen del movimiento incesante de cuanto existe al resplandecer en dos metáforas: el río-tiempo y el río-camino. El tiempo, río fluyente y en él viajamos inmersos, y por eso es también el camino.

Nuestras vidas son los ríos... Así es como el agua es también destino.

Hay algo de santo en el río que baja nadando en sí mismo, feliz como un niño, el agua refrescando al agua en sus tumbos y bajo todas sus texturas, lisa como la seda o en rizos de cordero blanco, siempre igual y siempre diferente. Cuenta Herodoto que los persas consideraban sagrados a ríos y lagos. Y un poeta moderno, T.S. Eliot, escribe: *No sé mucho de dioses, pero pienso que el río es un fuerte dios pardo —hosco, indómito, intratable.*

Los griegos antiguos, que también sabían de estas cosas, entendieron que cerca del agua moraban los dioses. Las ninfas, para ser exactos, hijas de Zeus y personificaciones de las fuerzas que presiden la fecundidad de la naturaleza. Náyades, llamábanse las de los ríos, y Nereidas, como el famoso danzón, las del mar.

A nosotros, que nos basta con girar el grifo para tener agua, nos está vedado saber estas cosas: si sorprendiéramos a una ninfa despuntando entre la espuma, no podríamos reconocerla. Hemos perdido la habilidad para personificar, y las ninfas, los ángeles, y hasta los fantasmas, aburridos de nuestra ceguera, nos han abandonado. **U**